

NERUDA, Pablo: *Geografía infructuosa*, Editorial Losada. Buenos Aires, 1972, 158 págs.

Ante nosotros un nuevo libro de Pablo Neruda. Su título, *Geografía infructuosa*. Es un libro en el que recoge estampas poéticas que se le han caído del corazón a Neruda por los caminos del mundo. Ha nacido entre «Isla Negra y Valparaíso», por caminos de Chile en automóvil «atrapando el paisaje sucesivo», y «en automóvil —otoño e invierno— por caminos de la Normandía francesa». Un fotógrafo quizá —como viajero y buscador de horizontes nuevos— nos hubiera dejado en recuerdo de su viaje un álbum de diapositivas del paisaje. Neruda, que siempre lleva al hombro su corazón de poeta, abeja catadora de mieles lejanas por ocultas, nos ha regalado estos treinta y tres poemas con señales de desplazamientos, con sabor a enfermedad, con hormiguillo de alegría y melancolía, con crespones de climas y alas de aires diferentes. De ahí su título de *Geografía*.

¿Por qué «infructuosa»? No he llegado a percibir dentro del libro nada que pueda calificar de ese modo a esta obra. ¿Porque la geografía que recorre no alcance en su sentimiento la altura que aquella otra —suya— de Macchu Picchu —«algo muy impresionante, algo verdaderamente increíble»—? ¿Quizá porque el mensaje poético que le trae este paisaje le llega un poco tarde o porque le hable de su no plena conquista? Quizá la razón viva en el interior del poeta para hacer menos palpable lo intocado de la poesía, mensaje sin por qué.

DESTINO. VOCACIÓN

En este libro Neruda, con un vientecillo de biografía dándole en el rostro, arranca de su *destino*; de su *yo* que se ve engarzado en el collar de los profetas. Profeta es el que lleva el mensaje oscuro y misterioso al hombre, saca el mensaje a la luz, al día, a la claridad para que sea como el día «el silencioso sello / extendido en los campos del camino». El profeta es un «hombre-luz». Bien ha captado Neruda la esencia del profeta —poeta—:

*Yo soy un hombre luz, con tanta rosa
con tanta claridad desatinada
que llegaré a morirme de fulgor...*

Y con no menos temblor lírico capta el tirón interior y de frente que arrastra al profeta:

*Otra vez, ya se sabe y para siempre
sumo y agrego luz al patriotismo:
mis deberes son duramente diurnos...*

Su destino sin fronteras también; sin tenerle miedo a la incompreensión. Misión de «propaganda de cristalería», sonido luminoso y resplandor sonoro:

*Debo entregar y abrir nuevas ventanas
establecer la claridad invicta
y aunque no me comprendan continuar
mi propaganda de cristalería.*

Puede caber en esta misión o destino la desilusión, por no ser recogida en la altura por otro profeta —poeta— la candela del destino luminoso:

*No sé por qué le toca a un enlutado
de origen...
esta reverberante profesión.*

Y así querer abandonar... imitar la humildad:

y pedir que perdonen mi alegría

Pero la fuerza de la orilla lejana y poética arranca postillas de luz y la herida queda iluminada por el tiempo y el espacio:

*Pero no tengo tiempo: es necesario
llegar temprano y correr a otra parte
sin más motivo que la luz de hoy,
mi propia luz o la luz de la noche:*
.....

El profeta, su yo, que es «hombre luz» tiene la «reverberante profesión de iluminar»: *ofrecer un mensaje*. El mensaje de la *Verdad* —su verdad—, que se descubre con la luz; y es una verdad que se oculta en las cosas, en las cosas pequeñas y que el alma descubre enamorada de la sencillez:

*... es el alma mi cuidado:
quiero que las pequeñas cosas que nos desgarran
sigan siendo pequeñas...
Ya es hora de ir descalzos
a pisar las cebollas.*

Para ello hasta el profeta —poeta—, «hombre luz», necesita revestirse de *novedad*. De ahí que él ahora, en este libro, através del puente del tiempo, que le lleva a convertir el pasado en anhelo, nos prende ese anhelo en un recuerdo:

*Yo recuerdo aquel día
en que perdí mis tres primeros nombres
y las palabras que pertenecían
¿a quién?, ¿a mí?, ¿a los antepasados?*

Ha buscado, como aquel poeta de las riberas del Tormes, el retiro, el anonimato. Pero, como aquél, tampoco podrá lograrlo, porque a ambos les «morderán los dientes del camino».

Es un camino que lleva al poeta, «hombre luz», sintiéndose hecho girones del tiempo, a ser uno más en la cobardía. Y al fin de ese camino:

*hoy nos trajo el sol joven, del invierno
una gota de sangre, un signo amargo
y ya se acabó todo: no hay remedio
.....
basta una herida para derribarte.*

¿Qué debe conseguir el poeta con su abrit ventanas y con su luz de día sembrando sol reciente de mañana? Para Neruda sólo cabe una *meta*: imantar al hombre, destinatario de su mensaje, de esa luz; y así el hombre será una luz, por la ventana abierta; un andar hacia «el silencioso sello / extendido por los campos del camino». Todo será *uno*, un mundo sin mitades, lleno de luz «como una sola uva de topacio». Nada más doloroso, pues, para el ángel de la luz que la ruptura de esa luz, de las sencillas cosas por el número, que dolorosamente mata el anhelo unitario que debe habitar el alma de los destinatarios del mensaje refulgente:

*Por qué nos ordenaron, nos sumieron
en cantidades y nos dividieron
la luz de cada día.*

LA HUELLA DEL TIEMPO

Este libro suyo ha nacido sobre el camino... hacia Francia, donde «no fue a buscar razones ni la verdad, ni la sombra» y ha crecido con la luz hacia el pasado. El tiempo en él queda sorprendido por las cosas y más por el *yo* que se busca distinto en las cosas. El tiempo lo encontramos rasgado por sí mismo y sirviendo de vestido al yo y posando en el poeta una nota de amargura por lo fugitivo:

*Lo sucesivo que tiene la vida
es este ir y venir de los iguales:
Muerte a la identidad, dice la vida:
cada uno es el otro, y despedimos
un cuerpo para entrar en otro cuerpo;*

e impulsa al poeta a una exclamación inanelante:

*Oh amamantadora sobresombra,
arcilla, patria negra
que reproduce el infinito humano...*

Otras veces el tiempo se le desliza a la *quietud*; y, como agua aprisionada entre la hierba, el tiempo pasa sin herir el reloj de sus ojos:

El hombre caminando hacia la silla:

.....

*No hay elección como ésta: vive el aire
sentado en esta silla de la tierra,
y cada amanecer conduce a todos
a la postura que te da una silla,
una sencilla silla de madera.*

O este tiempo se le vuelve *martirio*, carga de sables sobre el corazón anhelante y con una «nube opresora» en los ojos:

*... y pensé que el martirio del hombre es la
transición...*

Y el *tiempo* es *olvido*, sangre manante, porque el anhelo se hiela por los caminos del invierno de la vida; cuchilla asesina del sentimiento amigo, porque la impotencia hacia el pasado se presenta como un sol de agosto hacia el mediodía:

*Porque si yo me pongo a recordar
voy sin saber por una casa oscura*

.....
y nadie deja un beso en el desván:

.....
*y allí soy, continuo
como si el tiempo hubiera detenido
en lo remoto mi fotografía
apasionada en su inmovilidad.*

Mas en el camino de su andar «atrapando el paisaje sucesivo», el *tiempo* es, sobre todo, *evocación*. Y este *tiempo-evocación* le sabe a amargura, a pena fina, a una rosa cuyos pétalos perdió en mediodía sin cristales; pero también a reliquias de miel limitando con los ecos de su corazón en el ayer:

*Tantas cosas que ya no veo,
que no me ven. ¿Y por qué?
Dejé la calle de la Luna
y la taberna de Pascual.
Dejé de ver a Federico.
¿Por qué?*

Y a Miguel Hernández..., el frío del Guadarrama, a Caballero, etc...

*Veó lo que amé y no perdí;
y sigo amando:
calles, tierras, dulzura, frío,
la sepulcral plaza Mayor,
el tiempo con su larga copa.*

Y, por último, ese *tiempo-evocación*, palpado como repaso de vida, como un ajuste de horas de luz sobre su senda, como un tomarse el pulso a lo que ha sido y es su destino, su «reverberante profesión» de «hombre luz», «árbol y campana». Como hombre —«ser victorioso y derrotado»— siente la fiebre de la debilidad que le ha herido y valientemente lo confiesa:

*Ay lo que traje a la tierra
lo dispersé sin fundamento
no levanté sino las nubes
y sólo anduve con el humo...*

Pero el campanario de Authenay, con una flecha sosteniendo un gallo hacia el cielo, que para él es el símbolo de la fidelidad al destino, le fortalece la idea que le donó a Antonio Colinas en Milán y ofrecida a los demás en el número 111 de «Revista de Occidente». Porque ahora en su madurez, como le dice al mismo A. Colinas: «La política es una obsesión para los otros. Yo prefiero la poesía y el amor.»

A causa de esa obsesión suya, la de «la poesía y el amor» —«lo demás es de los otros»— sus ojos, como dos anhelos de luz plena, se despojan de su orgullo, vestido pasajero:

*... es el orgullo
nuestro vestido pasajero
y el follaje que nos cubría
cae a los pies del campanario*

.....

y, ojos luz,

*Cuántas veces de todo aquel paisaje
.....
se quedaron mis ojos amarrados
al campanario de Authenay,*

.....

*En la interrogación de la pradera
y mis atónitos dolores*

.....

*la flecha de una pobre torre oscura
sosteniendo un gallo en el cielo.*

En *Geografía infructuosa* alcanzamos al mismo Neruda que conocemos. El mismo vocabulario, la misma mixtura sintáctica, la misma posición de términos contradictorios... Aquí nos enlaza a él con un arco ojival de su biografía tendido desde Isla Negra hasta la Normandía de Francia, cuyo flo-

rido remate es la fulgurante mirada del gallo, que, lleno de luz y nieve, es cristal y campana para su vocación de profeta.

Sigue Neruda en su última línea simbolista. En 1971, Neruda se llamó *Aún*. En este libro —*Aún*—, el símbolo tiene un hondo sentido luminoso: la campana es símbolo de la voz que se oye o debe oírse siempre y símbolo de la verdad. El día es la campana, porque descubre la verdad y no le pesa la hipocresía. El tiempo se ata entre un niño y un anciano, y entre unas manzanas que puede llevar el río. En ese tiempo se aprisiona el poeta. Símbolo de su ser, de su yo, es el día y la ola. Con una y otra se muere; pero sigue vivo; porque él, «ola y día», no muere:

*Pero el día no muere
nunca.
No muere.
¿Y la ola?
No muere.*

De ese símbolo «día», que juega a morirse, para crecer la luz cada mañana en cada ventana, arranca geografía infructuosa. La luz, el día luz, es como una yedra subida al ciprés de su camino para palpar la debilidad del aire poético y fugitivo.

Sin embargo hay una clara diferencia entre uno y otro libro. *Aún* nos ofrece una poesía simbolista *hermética*. En este libro Neruda se medio proyecta; se queda contemplando en la otra orilla, en la de su interior, la belleza; y, aunque la poesía es nuestra, es mucho más suya. En *Geografía infructuosa*, Neruda se abre más. Sus símbolos se hacen más día; quedan a más altura de nuestra búsqueda o a ras de nuestra espera. El tiempo es una orilla con luz y florecida, y así cada trozo de paisaje prende en sus ojos una *evocación* con huellas simbólicas. Estas huellas iluminan con esa categoría filosófica —el tiempo— lo que pudo ser un trasunto sin herida y, por tanto, sin marca en la vida del poeta. Hoy esa herida marcada son treinta y tres poemas, que van en curva de cristalería desde Isla Negra a la Normandía francesa. La ventana del simbolismo sigue abierta, pero por ella entra más claridad para nosotros.

L. PÉREZ BLANCO

MASÍA, Angeles: *Historiadores de Indias. América del Sur*. Editorial Bruguera, Sociedad Anónima. Barcelona, 1972, 896 págs.

La antología *Historiadores de Indias*, si no viene a llenar un vacío en el campo de la historiografía y de la literatura indiana, sí viene a facilitar un esfuerzo en la consecución del texto en el momento oportuno. Por eso esta antología que nos ofrece la editorial Bruguera, preparada por Angeles Masía, es sencillamente buena: nos da, bajo la luz iluminada de su saber, todos los textos necesarios para el conocimiento de las tierras y habitantes del Nuevo Mundo; de su flora y de su fauna; de su constitución humana y de sus mane-